

Por una historia de la bioética II

Eduardo Casillas González

Máster en Bioética

Uno de los pioneros de la bioética, Andre Hellegers, ginecólogo y obstetra de origen holandés, fundó en Washington, al interior de la Universidad de Georgetown, en 1971, The Joseph and Rose Kennedy Institute for the Study of the Human Reproduction and Bioethics. Hellegers focalizó su atención, a diferencia de la idea originaria de Potter, en los problemas y las instancias originadas por los dilemas de la medicina, como la reproducción humana, el control de la natalidad, las políticas demográficas; y concibió la bioética como una disciplina que integra y sintetiza los conocimientos médicos y éticos. A Hellegers hay que darle mérito; en efecto, institucionalizó el término 'bioética', no solamente insertándolo en la denominación del instituto que fundó, sino también introduciendo la disciplina al campo académico, en la didáctica, la investigación, e insertándolo en el campo de las ciencias biomédicas, de la política y de los medios masivos de comunicación. La "herencia de Hellegers", en contraste con la "herencia de Potter", para usar el término dado por Reich, prevaleció y prevalece hasta nuestros días. Mientras Potter veía en la bioética un "puente entre biología y ética", con una aproximación global a todos los componentes de la vida, no sólo de índole médico, Hellegers difundió un concepto de bioética como "puente entre medicina, filosofía y ética" con una metodología interdisciplinaria, que según este último habría llevado al clínico - bioeticista a ser más experto que el moralista tradicional en los problemáticos dilemas respecto a la vida, la salud y la enfermedad. Al día de hoy, la bioética que prevalece sigue en gran medida la herencia de Hellegers, con su opción médica.

A propósito de los primeros años de la bioética, es necesario dar un pequeño paso atrás, para recordar que en 1969 en Nueva York era fundado por el filósofo D. Callahan y el psiquiatra W. Gaylin el Hastings Center, con la intención de proveer una normativa que regulara las experimentaciones, que en dicho período se desarrollaban sin ningún control e incluso sin escrúpulos. Ya sea el Hastings Center que el ahora llamado Kennedy Institute of Ethics son hasta nuestros días dos instituciones a la vanguardia en el estudio de las problemáticas bioéticas. Desde sus inicios han tenido como colaboradores a eminencias de la ciencia y de la cultura, como P. Ramsey (escribió dos libros muy conocidos: *The patient as person* y *Fabricated man*), E. Pellegrino, D.C. Thomas, W.T. Reich (curador en 1978 de la primera edición de la monumental *Encyclopedia of Bioethics*). Deben ser recordados en el área estadounidense también los bioeticistas T. L. Beauchamp y J. F. Childress, autores del libro *Principles of Biomedical Ethics*, que ha dado inicio a la doctrina del principalismo, que ha tenido y continúa teniendo éxito como una de las posturas más seguidas en campo bioético, no obstante haya recibido numerosas críticas, sobre todo por la falta de un fundamento en los mismos principios. Otros numerosos centros comenzaron entonces a constituirse en todo Estados Unidos y Canadá, en las universidades y hospitales. En el resto del mundo comenzaron de igual forma a surgir centros e institutos en los diversos continentes, que dieron lugar a publicaciones, revistas y libros, que no traemos a colación por razones de espacio. Recordamos solamente la actividad del Center for Human

Bioethics de la Universidad de Melbourne en Australia, dirigido por Peter Singer, uno de los mayores interlocutores del debate bioético a nivel internacional que ha incorporado a muchos seguidores en torno a sus teorías laicas, libertarias y de tinte utilitarista.

En Europa, en cambio, aunque se cuenta con la tradición ética, filosófica y teológica mucho más fuerte, y precisamente a causa de ello, los centros de bioética tuvieron dificultad en ponerse en pie y llegaron con cierto retraso. En España fue fundado en 1975 el primer Centro de Bioética en Europa, específicamente en Barcelona, el Instituto Borja de Bioética, dirigido por F. Abel. En Madrid debemos señalar, en la Universidad Complutense, al Departamento de Medicina Preventiva, Salud Pública e Historia de la Ciencia dirigido por Diego Gracia, autor entre otros de un volumen exitoso, apreciado en todo el mundo, sobre los fundamentos de la bioética, escrito a la luz de la impostación personalista y fenomenológica de los filósofos españoles Delgado y Zubiri.

La bioética continúa hasta nuestros días inmersa en la historia, quizás como nunca, dados los problemas a menudo graves presentes en el debate cotidiano, y no es materia del presente artículo adentrarnos en problemáticas que ya forman parte de la vida, no sólo cultural, sino de todos los días. Ellas forman parte de aquella vida por la cual la bioética está allí para re-descubrir los valores y tutelarla.

La bioética está aquí también para cuestionarse sobre su identidad, desde el momento que muchos la ponen en discusión. En efecto, han sido diversos los rechazos respecto a esta disciplina. Basta pensar en las contrariedades afrontadas por muchos estudiosos de las diversas disciplinas que posteriormente han tenido que constituir la interdisciplinariedad misma de la bioética, determinando precisamente en la integración de la disciplina de origen un saber de índole teórico y práctico que pudiera hacer hablar, dialogar entre ellas, las disciplinas científicas, en particular biomédicas, con las humanísticas, y en particular la filosofía, en una conciencia del todo. Aun hoy, algunos teólogos no reconocen aún hoy la bioética, desde el momento que piensan que sus problemáticas pueden englobarse en el ámbito de la teología moral, que desde siempre se ha ocupado de vida física. La oposición a la acogida de la bioética ha sido fuerte también en campo biomédico: muchos científicos ven en esta disciplina una intromisión impropia de la ética en lo que ellos llaman libertad de investigación; también muchos médicos, en particular los clínicos, creen poder resolver los dilemas de la clínica (dilemas técnicos y también morales) a través de la intuición, que, dada la complejidad de los problemas, creemos que ya no es suficiente. Tampoco estamos de acuerdo con aquellos clínicos que consideran que la bioética es un pleonasma de la deontología y de la ética médica, que existen desde la Antigua Grecia, y que no es necesaria una enseñanza de la bioética a nivel académico.

Como se puede apreciar, hoy, después del periodo de los pioneros, ha llegado **más que nunca** el momento de llevar a cabo reflexiones maduras sobre las posibilidades de la bioética. Estamos convencidos de que esta disciplina tiene su propia identidad y que desde el punto de vista epistemológico tiene también su propia validez. Será por lo tanto necesario debatir sobre algo que vaya más allá de los datos históricos. La reflexión que nos compete es más ardua; si queremos alcanzar un verdadero conocimiento de nuestra disciplina, no podemos eximirnos de darle un fundamento y un rigor argumentativo, que consideramos deben ser fuertes. Solamente subrayar de igual manera el hecho de que no estamos para una bioética sin “verdad”, sino que estamos determinados a una bioética que hace suyo el dicho: “El actuar sigue el ser”, y por el cual los valores existen en su misma

objetividad y nos permiten dialogar abiertamente en la búsqueda común de una bioética. En ella nos podemos sentir capaces de alcanzar el bien de cada uno y de todos, en la perspectiva de una ética personalista de las virtudes, donde cada persona, entendida según el personalismo ontológico, tenga la responsable libertad de crecer, en el respeto de la vida y de los valores de ella, para volverse cada vez más aquello que es.

Para regresar a la tradición y que creemos indispensable para un proficuo conocimiento del pasado que pueda conducir a un mejor futuro a través de un buen presente, queremos recordar, sobre todo a los médicos que justamente quieren aprender la bioética en el momento aplicativo y didáctico, que es necesario volver la mirada antes que nada a la filosofía, y lo decimos con aquello que Hipócrates escribía: “El médico que también es filósofo –o bien, amante de la sabiduría– es similar a los dioses”.